

EL COMERCIO

REVISTA CIENTÍFICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA.

REGALO A LOS SUSCRITORES.

PRECIO EN VENTA 0'20 DE PTA.

SUMARIO.

TEXTO.—Amor y fatalidad, leyenda caballerisca por A. E. de E. y S. (continuacion).—En el abanico de F. G. por Estelrich.—Dramas que no se ven, por D. V. Hidalgo.—Rimas, por don E. Castañer.—Una lágrima, D. G. Perrin y Vico.

GRABADOS.—Tipos Valencianos, Mendigo.—Monumentos Históricos. Sepulcro de los Scipiones, cerca de Tarragona.

AMOR Y FATALIDAD.

LEYENDA CABALLERESCA.

(CONTINUACION.)



SCUCHAD si así lo quereis, una historia de desdichas, que mas trabajo os costará á vos oirla que á mi contarla.

—Os escucha uno de vuestros mejores amigos, Luis.

Este alargó su mano á Roberto, que se la apretó con efusion.

VIII.

EL BASTARDO.

Don Luis era un hermoso jóven, sus ojos eran rasgados y azules, su frente espaciosa; su bigote rubio caia sobre unos labios perfectamente perfilados; sus luengos cabellos parecian un marco de oro de su alabastrino rostro; su estatura elevada, su continente noble, su vestido rico y de un elegante corte. Parecia que debia costarle mucho el contar á Roberto, la historia que le habia prometido; su faz sombría así lo indicaba. Luchaba entre hacer una fria y breve relacion de su vida, ó descubrir su alma al que con

tanta generosidad como franqueza se le dedicara; Luis preferia lo primero, pero su corazon le arastraba á lo segundo, y aun á valerse de los desinteresados ofrecimientos del caballero, decidido á revelar le hasta lo mas recóndito de su corazon, rompió el largo silencio que á la ratificacion de su novel amistad se siguió.

—Os confieso que á no conocer vuestra nobleza como conozco, no osaria decir lo que á revelaros voy, aun á riesgo de perder para siempre vuestra preciosa amistad, lo que seria para mí un golpe muy sensible.

—Injusto sois, á fé mia, Luis, pues en necias consideraciones creis fundada la amistad, mas os equivocais, hablad, un verdadero amigo escucha.

—Oid, nada os diré de mis padres, porque nunca conocí el origen de mi ascendencia ¿soy noble ó no lo soy? las personas que me criaron me aseguraron el ilustre origen de mi familia, pero nunca de ellos pude conseguir que aclararan este interesante punto de mi vida. Pasé mi venturosa infancia en una humilde cabaña, en compañía de un niño que segun decian era muy parecido á mí, y al que me acostumbé á dar el tierno nombre de hermano; el niño correspondia á mi cariño, y nos amábamos con extraordinario querer. Un dia que jugábamos los dos á la puerta de la mansion de la buena muger que velaba por nuestra existencia, un hombre embozado en una larga capa, con voz ronca nos preguntó:

—Niños, ¿es esta la cabaña de Marta?

Miramos al desconocido sin que le conociéramos, nos estremecimos, y contestamos:

—¿Marta?... sí, esta es su cabaña.

—¿Dónde está la buena muger?

Marta á este tiempo salió de la choza á enterarse de lo que ocurría.

—¿Marta! gritó el desconocido, y Marta se puso á temblar conduciendo al hombre al inte-

rior de nuestra habitacion, y encargándonos con severidad que no osáramos penetrar dentro.

Niños como éramos, olvidamos á poco esta escena, cuyas consecuencias no tardaron en conocerse. Marta y nosotros dos abandonamos el país, y despues de caminar muchos dias, nos establecimos en una hermosísima y deliciosa vega. Esta fué la única época de mi mísera vida, en que fuí feliz olvidando mis angustias y desdichas. Allí pasaba la vida aprendiendo á manejar el potro y la lanza, el broquel y la espada, que un anciano soldado que visitaba á Marta nos enseñaba á nosotros dos; allí me entusiasmaba oyendo contar al guerrero sus hazañas contra los moros: allí nos contaba las proezas del Cid y de Bernardo, que tomábamos por tipo de nuestra futura conducta. Siempre que le oíamos que una parte de nuestro país estaba en posesion de los enemigos de nuestra fé, nuestra indignacion se inflamaba, y de buena gana hubiéramos empuñado la oriflama de la cruz en una mano y la espada de la reconquista en la otra para su completa espulsion de la Península. Allí los Pelayos, Alonsos y Fernandos, nuestros reyes muy venerados, eran el objeto de nuestra admiracion; su gloria llenaba de regocijo nuestros españoles pechos. ¡Ah! ¡Qué poco duró nuestra venturosa y placentera existencia!.. El hombre que ya nos habia hecho mudar de residencia no cesó en su persecucion; vino de nuevo á hablar con Marta, y esta vez la entrevista fué fatal.

Nos separaron para siempre á mi hermano querido y á mí: á él se lo llevó el embozado, no me quisieron decir donde, y á mí me hicieron embarcar, prohibiéndome el regreso á mi pátria, asegurándome que mi padre, traidor al rey, fué públicamente ajusticiado, dejándome por única herencia la deshonra, la vergüenza y hasta la muerte si tenia la imprudencia de presentarme en la córte; que un pariente mio me habia acogido y ocultado á miradas humanas, pero que descubierto ya mi retiro, peligraba su cabeza y la mia, y que habiéndose visto obligado á hacerme alejar de España como única salvacion, creia que no regresaria nunca al ingrato país que me diera el ser; al mismo tiempo se pusieron en mi poder varios pergaminos, en los que ví por primera vez el infamado nombre de mi padre, y en uno de aquellos pergaminos me indicaba que tomase el nombre de Luis de Richemont, fingiéndome bastardo á fin de borrar cualquier rastro para evitar una injusta persecucion.

Corrí la Francia, Inglaterra, Italia; en todas partes ardia la guerra, y en todas partes los servicios de mi espada fueron recompensados: pasaron cuatro años en estas correrías; mi única ambicion era volver á mi pátria; rompí por todos los obstáculos, importándome poco que cortasen el hilo de mi aventurera vida, por otra parte, los moros, que veían perder su conquistado país, defendían palmo á palmo el terreno; como español, creía un deber mio ayudar á mis hermanos en tan gloriosa y cristiana empresa, que tanto en mi infancia me entusiasmara, y que el temor de un peligro personal me hizo olvidar; ¿qué importaba yo, cuando mi rey, siendo el único dueño de mi vida, necesitaba la ayuda de mi brazo? Volví á España, y con asombro mio, el rey, léjos de alejarme de su lado, me colmó de honores hasta honrarme con su confianza. Marta habia desaparecido, procuré buscarla, pero mis diligencias fueron inútiles.

Era una oscura noche, paseaba un sombrío camino, sumergido en hondas reflexiones, cuando unos lastimeros gemidos llamaron mi atencion; desnudando mi espada me puse en direccion de donde salian, y logré poner en huida unos miserables bandidos que habian puesto fuego á una quinta, penetro en su interior y saco una casi quemada anciana, cuyos gritos de angustia y dolor me aterraban. Creía reconocer sus facciones, creía tambien engañarme.

—Marta, dije con voz opaca, y la moribunda anciana, abriendo sus ojos, exclamó con inteligible acento:

—Luis, te engañan, no es tu padre...

—Qué, ¿sois Marta? ¿No seré hijo del infamado traidor?

—No, Luis, tu padre... contestó Marta con voz trabajosa y murmurando una palabra, que á pesar de mi gran atencion por oirla no pude comprender.

—Marta, por el Dios eterno á cuya presencia vas dentro de poco á comparecer, ¿quién es mi padre?

—¡Es!... ah, no, no, añadió horrorizada.... lo juré... y la infeliz se retorcia las manos; nunca, Luis, lo sabrás... Me muero, ¡ay de mí! Perdon, perdon!

(Se continuará.)

EN EL ABANICO DE F. G.

VÉNUS con grande cariño
la falta de Amor notando
prorrumpió en llanto, exclamando:
— *Ay! que me traigan mi niño.*

Hizo por sí sus pesquisas
al mirar que indiferente
le contestaba la gente
solo con nécias sonrisas.

De entónces raros antojos!
con la insistencia más rara,
se encara con toda cara
que tenga bonitos ojos.

Revuelve los negros rizos,
el pié contorneado y leve,
y hay quien dice que se atreve
con los lunares postizos.

Vanas son sus pesadillas.
El Amor, dicen mis celos,
que se oculta en los hoyuelos
que rien en tus mejillas.

ESTELRICH.

DRAMAS QUE NO SE VEN.

Dolores era una jóven de veintidos años, espléndidamente hermosa. Había venido á Madrid desde Soria, sirviendo á la familia de un magistrado, y al poco tiempo de su llegada casóse con un maestro albañil que andaba por ella bebiendo los vientos.

Francisco, que así el albañil se llamaba, vivía en compañía de su abuela, una anciana octogenaria, cuyo cuerpo encorvado hacía el suelo, como si buscase en él el lugar de su reposo, no hubiera podido sostenerse sin el auxilio de un nudoso baston en forma de báculo, que era su compañero inseparable.

La pobre anciana, que había ya agotado las fuerzas físicas, conservaba íntegras sus facultades intelectuales, y sobre todo, una memoria prodigiosa, que unida á su buen criterio y á lo que había aprendido en su larga existencia,

acompañado además de un carácter afable y bondadoso, hacían de ella una mujer extremadamente simpática. Durante su juventud había servido á la viuda de un general que murió peleando contra los franceses, y sabía un sin fin de cosas que en aquella casa había oído contar, y estaba al tanto de muchas historias de todos géneros; en una palabra: era una miscelánea de antigüedades, y su conversacion se escuchaba siempre con gusto, pues rara vez hablaba que no hallase medio de contar sobre el caso alguna historia ó aplicarle alguna anécdota.

Su nieto, hijo del dueño de una yesería, que al morir le dejó un centenar de acreedores, había ido algunos años á la escuela; pero muy pronto tuvo que dejar las letras para coger las herramientas y preparar por los andamios. Lo poco que había aprendido, y las máximas de la abuela, hicieron de él un hombre distinto de los de su clase. Sus gustos y costumbres eran algo más elevados de los que, por lo general, suele tener el pueblo, especialmente el de Madrid.

Un día tropezó con Dolores y le cegó su hermosura; Dolores le desdenó; Dolores desdeñaba á todos los hombres. Buscando la manera de verla, averiguando cuál era su vida, convencióse de que Dolores era una mujer virtuosa, trabajadora, de carácter bueno y alegre, que cantaba y reía casi tanto como trabajaba, y la impresion que desde el primer momento produjo en su pecho se convirtió en amor, el cual, una vez sabidas las condiciones de la jóven, apoyaba la abuela.

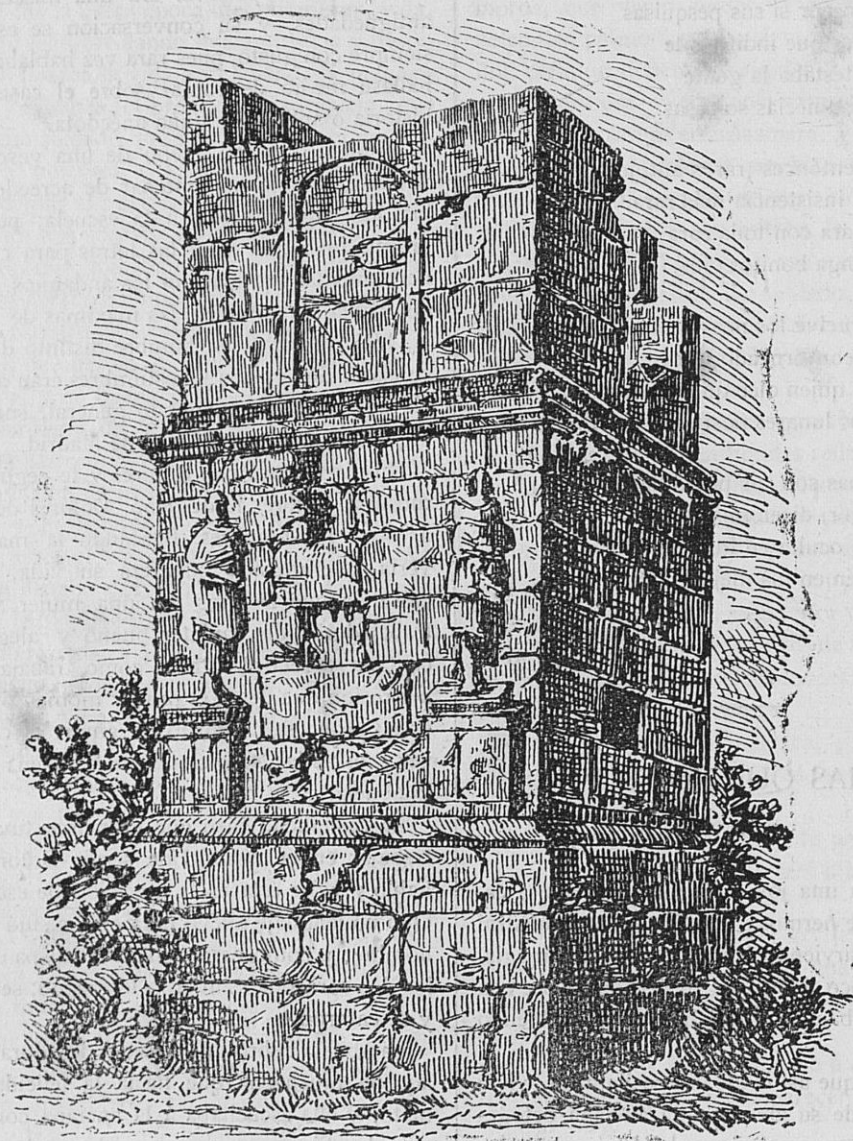
La casualidad hizo que Francisco tuviera que trabajar en la casa donde servía Dolores, y le habló y vióse ésta en la precision de escucharle. Oyó un lenguaje nuevo para ella, se fijó en aquel hombre, y como heridos de una chispa eléctrica, los dos corazones sintieron lo mismo; se amaron y se casaron.

La abuela cobró una especie de adoracion por aquella muchacha que hacía la felicidad de su nieto, y ella escuchaba á la anciana como á un oráculo. Siempre que sus quehaceres se lo permitían, sentábase al lado de la abuela, y mientras despachaba la costura, le pedía que le contase cosas.

Al año de casados vino el primer hijo; un chiquillo como un toro, que por poco da al traste con todo el juicio de la abuela.

Apenas destetado aquel, nació una niña más hermosa que su madre, que era la admiracion de propios y extraños, y dos años despues,

MONUMENTOS HISTÓRICOS.



SEPULCRO DE LOS SCIPIONES, CERCA DE TARRAGONA.

TIPOS VALENCIANOS.



UN MENDIGO.

cuando conocimos á esta pobre y honrada familia, convalecía Dolores de su tercer hijo. Cada uno de éstos parecia aumentar la felicidad de aquella casa. Es cierto que los gastos crecian; pero, ¿qué importaba? Francisco no cesaba de trabajar sin permitirse un dia de descanso, y era tan entendido en el oficio y tanto le querian, que podia asegurarse que no le faltaria nunca trabajo. Dolores se habia encargado de lavar y planchar la ropa de algunas casas para ayudar algo á su marido, y la abuela entretenia á los niños mientras la madre trabajaba. Todo era alegría y amor en torno de ellos; su felicidad era completa.

Una noche, al regresar Francisco de su trabajo, venia con la cara mas contenta que jamás tuviera. Despues de abrazar á su mujer y á su madre y de besar á los chiquitines, que se le agarraban á las piernas, dijo:

—¿A qué no acertais qué traigo en el bolsillo?

—Manzanas—dijo el mayor de los niños, pues algunas veces su padre se habia despilfarrado comprando una libra de ellas.

—¡Cá!... Vamos, decid, continuó dirigiéndose á las dos mujeres.

—No se me ocurre qué puede ser—murmuró Dolores.

—Ni se te ocurrirá nunca; escucha el ruido á ver si aciertas.

—Dinero—exclamó la abuela.

—Je, je, je, ¿no lo esperábais, verdad?

—¿Qué es eso?

—¿Cómo tienes ese dinero?

—La semana pasada tomamos entre todos los compañeros un billete del Pardo y nos han caido 2.000 reales.

—¿Cuánto os corresponde á cada uno?

—Pues, doscientos.

¡Doscientos reales! ¡Eran ricos!

En toda la velada no se habló de otra cosa.

Sentáronse á cenar haciendo proyectos sobre la manera de distribuir aquel tesoro; se convino en guardar cien reales para un apuro, y los restantes se emplearian en comprar alguna ropa y zapatos para los niños. Aquella noche se acostaron tarde y mas felices que nunca.

Dolores soñó que mandaba los niños á la escuela con zapatos nuevos, que la niña sabia leer y escribir y aprendia el oficio de modista; y soñó luego [que los tres estaban completamente crecidos, el mayor era dependiente de una tienda de ultramarinos, la niña confeccionaba elegantes trages y tenia mucha parroquia, y el

pequeño, con la ayuda de sus hermanos, seguia la carrera de veterinario.

Despertó sonriendo, ¡vaya un sueño! ¿y qué tenia de particular? ¿No podia acaso realizarse? Francisco era buen trabajador y excelente padre; ella le ayudaria con su trabajo y sus economías, y ambos prepararian un porvenir á sus hijos. Dos horas estuvo deleitándose en tan hermosa perspectiva; al fin estrechó contra su corazon al niño que amamantaba y volvió á quedarse dormida.

Apenas despuntó el alba, levantóse Francisco, aseó su persona y acercóse á la cama; Dolores dormia. Generalmente, ésta se levantaba al mismo tiempo que él y le extrañó verla dormir aún.

—Le habrá dado mala noche el niño,—dijo entre dientes.

Cuando se disponia á marchar á su trabajo, acercóse de nuevo á la cama; Dolores no habia despertado todavía. Contemplóla un momento, vacilando en despertarla; al fin no se decidió; le daba lástima; ¡hacia tanto frio! Dirigióse á la cuna de la niña, que, al verle, le sonrió de un modo angelical, tendiéndole las manecitas. Besóla repetidas veces, arropóla de nuevo y se detuvo á escuchar á la puerta del cuarto de la abuela, en el que dormia tambien el niño mayorcito.

—¿Te vas, Francisco?—dijo aquella, que habia oido sus pasos.

—Sí, abuela, ya es hora.

—Dáme un beso, papá,—gritó el niño.

—No alborotes que tu madre duerme.

—¿Duerme aun Dolores?—preguntó la abuela.

—Sí, me da pena despertarla, dígame Vd. que cuando me lleve la comida no se venga con el niño, que hace mucho frio.

Y se lanzó á la calle cantando á media voz.

Poco antes de las doce, siguiendo Dolores el consejo de su marido, dejaba en la cuna á su chiquitin y colocaba en el cesto la comida que iba á llevarle, cuando golpearon reciamente la puerta.

—¡Jesus!—exclamó asustada la abuela—por poco despiertan al niño.

Era un individuo de orden público.

Al verle palideció Dolores, los niños interrumpieron sus juegos y la abuela abrió desmesuradamente los ojos.

—Sí, señor—decia Dolores contestando al polizone—ese es el nombre de mi marido, pero está ahora en su trabajo.

—Sí, señora, por desgracia es así.

—Cómo por desgracia, ¿qué ha sucedido?

El de policía empezó á buscar una porcion de rodeos para decir lo que le traia; Dolores no podia contener su impaciencia, hasta que las voces de caida y andamio hirieron su corazon como puñales.

—¡Virgen Santísima!—exclamó mesándose los cabellos.

La abuela apenas habia entendido, y dijo buscando su muleta para levantarse.

—¿Qué, qué es eso?

—¡Ay! ¡mi Francisco!

—¿Qué le pasa, qué tiene?

Desapareció la desolada Dolores con el de órden público sin contestar palabra, é ignorando la infeliz anciana que le habia sucedido á su nieto, si bien desgarrándole el corazon un horrible presentimiento, tuvo que acudir á consolar á los niños, que al ver la desesperacion de su madre habian prorumpido en sollozos.

Tres horas mortales habia pasado la anciana en esta espantosa incertidumbre, agotando el caudal de sus oraciones y el manantial de sus lágrimas, cuando se abrió de par en par la puerta que habia quedado entornada, y conducida por las vecinas entró Dolores, que dos compañeros del infeliz Francisco habian traído en un coche en un estado deplorable.

Entónces la abuela lo supo todo: Francisco habia caído del andamio en que trabajaba desde la altura de un cuarto cuarto. Conducido á la Casa de Socorro, sólo habia tenido tiempo de llamar á su mujer y á sus hijos.

Cuando llegó Dolores, se abrazó al cadáver de su marido y fué acometida de un vértigo. Apenas repuesta de él, lleváronla á su casa, sin permitirle ver de nuevo los destrozados restos de su Francisco.

La abuela escuchó todo el horror de la desgracia sin desplegar los labios; abrazó á los niños que lloraban al verla llorar, sin comprender lo que sucedia, y se acercó á la cama, donde procuraban sujetar á la desolada Dolores. La explosion de las lágrimas dijo lo que no podian las palabras. Al fin exclamó Dolores con desgarrador acento:

—Muramos todos, abuela, no nos queda otro recurso.

¡Si esto fuera posible! si viniera la muerte cuando la llamamos en nuestro auxilio, pocos moririan viejos. No, las grandes calamidades se han de sufrir con todas sus consecuencias; si le quedase al desgraciado el consuelo de morir,

dejaria de serlo. Las penas, para serlo, han de ser sin esperanza de remedio. Sólo el que así las sufre, sabe lo que es sufrir.

Dolores no murió, no murió la abuela, no murió ningun niño despues] de la horrible catástrofe de Francisco; hubiera sido un bien para el que dejase esta vida y [la desgracia] sucedió para que todos sintieran su peso.

La infeliz viuda estuvo enferma, delirante una porcion de días; el resultado de su afliccion fué otra calamidad, y no pequeña; sus pechos no daban jugo con que mantener á su pequeño hijo. El hambre se iniciaba. Era necesaria una nodriza para el chiquitin, y el chiquitin no contaba dos meses, lo cual significaba muchos mas de sacrificios imposibles.

Se vendió, se agotó todo; dejaron su modesta boardilla, se refugiaron en una mísera covacha; Dolores trabajaba día y noche áun á costa de su salud, pero no alcanzaba á cubrir la menor de sus necesidades; era ella sola á trabajar y tenia cinco personas que mantener, y el trabajo de una mujer como Dolores, ayuda, pero no sostiene. La abuela lo miraba todo sin desplegar los labios; mas por las contracciones de su fisonomía podian adivinarse sus pensamientos.

Un día salió dejando solos á los niños; al regresar se encontró con que Dolores envolvía la única prenda aceptable que le quedaba para llevarla al Monte.

—Mañana tendrás una boca ménos que mantener—le dijo—tengo un sitio en San Bernardino.

—¡Ah! no, jamás.

—Es preciso, debo librarte de esta obligacion. El pan que yo como repártelo entre los niños, que harta falta les hace á los pobrecitos. ¡No puedo darles otra cosa!

Al día siguiente les faltaba á aquellos cuatro niños, pues que Dolores era una niña tambien, la benéfica sombra de la abuela.

La familia se desmoronaba; faltando la columna que sostiene el edificio, éste se derrumba. Muerto el tronco que dá vida á las ramas, caen éstas marchitas y secas á merced del primer huracan que las arrebata.

Dolores emprendió con mas ardor sus sacrificios, pero, á pesar suyo, sentía que las fuerzas le iban faltando. Para aplacar la de sus hijos, pasaba mucha hambre la infeliz, y extenuada por ella, apenas soportaba ya el trabajo.

Un día su hijo mayor amaneció enfermo, tirataba de frio y no encontró con qué abrigarle;

la mujer que casi por caridad le criaba el pequeño, se lo devolvió, porque tan pobre como ellos, no le era posible dar un alimento que ella no tomaba. Dolores no podía resistir ya más; estaba cansada de orar, sin que Dios remediara su suerte, y ante el aspecto de sus hijos muriéndose de hambre, pensó que otros tiraban el pan que les faltaba á sus pequeñuelos, y determinó pedirlo.

—Que me den lo que tiran, ya que yo no basto á ganarlo—decía en su desesperacion.

Hizo memoriales, presentó cartas, acudió á todas partes donde vislumbraba alguna esperanza. Recogió algunas limosnas... y oyó frases dirigidas á su hermosura que la hicieron estremecer.

El hambre y las enfermedades seguían, era preciso pedir de nuevo, y pidió con menos vergüenza que la vez primera, y recogió también menos limosnas; pero volvieron á sonar en sus oídos aquellas palabras que empezaron por hacerla estremecer, y que poco á poco fué acostumbrándose á ellas.

No faltó quien la hiciera soñar con una posición desahogada, con una casa decente, con abrigo para sus hijos y una mesa donde apagar el hambre... ¿Sostuvo aquella mujer grandes luchas consigo misma? Su educación no era el escudo que había de defenderla, y ¿tenía la virtud á prueba del hambre de sus hijos?

Un día los vecinos la vieron abandonar su covacha después de pagar los atrasos al casero; mas tarde la encontraron decentemente vestida, acompañada de los niños, que iban muy abrigaditos á comprar el pavo de Noche-Buena. Algun tiempo después pedía públicamente limosna, metidos sus desnudos pies en el lodo. ¿Y sus hijos? ¿Llegarán á ser honrados trabajadores como su padre? ¿Aumentarán el número de los rateros, ó de los grandes criminales?

Cuando pasamos por delante de algun andamio, no podemos menos de pararnos á contemplarlo y decir entre dientes:

—Si se construyera con dos tablas en vez de una y se colocara otra en forma de barandilla para que sirviera de apoyo al infeliz obrero á quien se resbala un pie ó se desvanece la cabeza (como hemos visto fuera de Madrid), podría evitarse su caída, su muerte, y las calamitosas consecuencias que trae consigo; porque cada obrero que se cae de un andamio es la catástrofe de una familia. No es solamente un hombre menos, es tal vez algunos vicios ó algunos crímenes más.

¿Vale la pena de que se resuelva este asunto, ya planteado y relegado al olvido, como todo lo que interesa al pueblo, de que se evite de una vez la desastrosa muerte que amenaza sin cesar á la clase obrera?

V. HIDALGO.

RIMAS.

I.

Al que se muere lo entierran;
Por eso pretendo yo
Sepultar en el olvido
El cadáver de mi amor.

II.

Es del grandioso horario de los tiempos
Un segundo no más nuestra existencia,
Y es nuestro mundo un átomo perdido
Entre millones que el espacio pueblan.
¡Llámesese rey del universo el hombre
Y cante su grandeza!

III.

Un ¡ay! desgarrador y de agonía
Es la vibrante nota abrasadora
Del arpa del dolor, que un alma exhala
Cuando se siente rota.

Y son las suaves cristalinas lágrimas
Los grandiosos acordes de un poema,
Su clave abandonando, que es su alma,
De sentimiento llena.

EDUARDO CASTAÑER.

UNA LÁGRIMA.

¡Cuántas veces he pensado,
Durante esas horas largas
En que el dolor ó la duda
Cubren de sombras el alma.
Si hay tantos seres con vida
En una gota de agua,
¡Cuántos amargos dolores
Puede encerrar una lágrima!...

G. PERRIN Y VICO.